

Cuba y Bolivia: dos procesos distintos, ¿una sola revolución verdadera?

Boris Salazar
Universidad del Valle

Resumen

Este artículo argumenta que el proceso revolucionario boliviano de 2000-2005 no siguió los pasos de la estrategia revolucionaria asociada a la Revolución Cubana. La fuerza inusitada de los movimientos sociales, la ausencia de un líder único y la integración de las elecciones democráticas a la movilización popular han dado un giro a la estrategia revolucionaria en el continente, generando mayorías estables a través de un proceso de encasillamiento, cuyo desenlace no ha sido la toma del poder estatal. La emergencia de un dictador y de un partido único en Cuba, y su ausencia en Bolivia, es explicada por el tamaño de sus sociabilidades autónomas: muy grandes en Bolivia, muy débiles en Cuba.

Palabras clave

revolución • mayorías estables • guerra • trayectorias revolucionarias • encasillamiento

Cuba and Bolivia: Two Distinct Processes, One True Revolution?

Abstract

This article claims that the Bolivian revolutionary process of 2000-2005 did not follow on the steps of the Cuban Revolution's strategy. The sheer strength and autonomy of its social mobilization, the absence of a maximum leader, and the meshing of democratic elections with mass mobilization have given a turn of the screw on revolutionary strategy in Latin America, producing stable majorities through a lock-in process, whose ultimate outcome has not been the assault on state power. The emergence of a dictator and a unique party in Cuba, and their absence in Bolivia, are explained by the size of their autonomous sociabilities: very large in Bolivia, and very weak in Cuba.

Keywords

revolution • stable majorities • war • revolutionary paths • lock-in

Este artículo hace parte de una investigación más amplia sobre la interacción entre procesos revolucionarios y conectividad en el mundo contemporáneo, financiada por la Universidad del Valle. El autor agradece los comentarios de María del Pilar Castillo y de Leonardo Raffo, y de dos evaluadores anónimos de la revista.



Boris Salazar Profesor, Departamento de Economía, Universidad del Valle.

Cuba y Bolivia: dos procesos distintos, ¿una sola revolución verdadera?

Boris Salazar
Universidad del Valle

INTRODUCCIÓN

Durante varias décadas la estrategia revolucionaria asociada al triunfo de la Revolución Cubana dominó la política insurreccional en América Latina. En muchos países pequeños, grupos de jóvenes universitarios, campesinos y obreros se lanzaron al asalto del cielo desde las montañas, cosechando un número no despreciable de derrotas. Con la excepción de ese familiar lejano que es la Revolución Sandinista de Nicaragua, es imposible hablar de la aplicación exitosa de la estrategia guevarista o castrista en América Latina. Justo al inicio del siglo XXI, cuando todo parecía perdido para la revolución en el mundo, un inesperado y potente proceso insurreccional destruyó el experimento neoconservador más extremo del mundo y volvió a situar a Bolivia en el centro de los acontecimientos revolucionarios, como lo había hecho durante la revolución nacionalista y obrera de 1952-1953.¹

Además de impredecible, inesperada y masiva, la insurrección boliviana fue una ruptura radical con el imaginario revolucionario latinoamericano. Ni la guerra de guerrillas, ni el partido único, ni el líder providencial, hicieron parte de sus atributos esenciales. Tampoco la búsqueda del poder del Estado por la fuerza de las armas. Ni su conservación a toda costa, aun al precio de liquidar la autonomía de los movimientos sociales. En su lugar, una vasta y diversa movilización popular cambió las relaciones de poder en mundos conflictivos tan dispares como lo son el control del agua, el gas y los recursos naturales, y la lucha por la igualdad étnica y la identidad cultural. Entre 2000 y 2005 no sólo fueron derrocados dos presidentes –Gonzalo Sánchez de Lozada y Carlos Mesa– sino que las regulaciones privadas del agua y del gas, y el control privado sobre los recursos naturales fueron pulverizados por la fuerza del movimiento popular.

1 Elegí comparar la Revolución Boliviana con la Cubana porque la primera representa la ruptura más fuerte con la tradición asociada a la segunda. La Revolución Sandinista, por el contrario, tiene fuertes vínculos con la tradición castrista.

Su desenlace inmediato tampoco pudo haber sido más sorprendente. En lugar de la toma del poder estatal por un partido revolucionario de vanguardia, o por una coalición que devendría partido único con el tiempo, los bolivianos decidieron llevar a la Presidencia a Evo Morales, un dirigente cocalero, líder de un partido con fuertes aspiraciones electorales, que había participado en varios de los episodios de movilización popular ocurridos, pero que no los había dirigido ni había intentado forjarlo. Al hacerlo, abrieron una trayectoria inédita en la que han estado conviviendo las elecciones democráticas, y el respeto a las reglas de una democracia electoral, con la autonomía de la movilización popular.

Ya en esa trayectoria, la estabilidad del proyecto político de Morales ha dependido de su capacidad para conservar, o ampliar, la coalición mayoritaria que hizo posible su arribo a la Presidencia. La lectura de los resultados obtenidos hasta ahora muestra que –después de haber enfrentado con éxito varios desafíos plebiscitarios, incluidos referendos revocatorios de su mandato, y de haber sido reelegido una vez, en 2008, con un 64% de los votos– Morales y su coalición enfrentan hoy el desafío abierto de los movimientos sociales autónomos, alrededor de asuntos que están en el corazón de su plan de transformación del Estado boliviano.

¿Qué une y que separa a los procesos boliviano y cubano? Los separa, primero, el carácter único e irrepetible del camino revolucionario de Castro y su agotamiento a lo largo de muchas derrotas en América Latina y en el mundo. Y segundo, la distancia que hay entre la guerra, como vía superior hacia la revolución, y la movilización pacífica y las elecciones democráticas como vías para transformar las relaciones de poder. Mientras que en Cuba las fuerzas revolucionarias arribaron al poder estatal mediante la guerra de guerrillas, sin tener que dar el rodeo por la política, el proceso boliviano ha dependido de una relación difícil, inédita y compleja con los movimientos sociales y políticos que conforman las coaliciones que lo han apoyado, y con los procesos electorales y los controles constitucionales propios de las democracias contemporáneas.

Mientras que el gran aporte de la Revolución Cubana y de Fidel Castro a la práctica revolucionaria fue la aceleración de la historia por medio de la absorción del partido único leninista en la dirección guerrillera, poniendo fin a la competencia por el poder *antes* del triunfo de la revolución, la originalidad del proceso boliviano está en haber introducido la continuidad tensa entre la movilización popular permanente y las elecciones democráticas, en un contexto político abierto en el que la democracia directa está garantizada por la autonomía de los movimientos sociales y su capacidad de controlar, eventualmente, los excesos del Gobierno y del Estado.

Morales llegó a la Presidencia por la vía electoral, luego de una oleada revolucionaria que sepultó para siempre al programa neoliberal introducido en 1985; derrocó dos presidentes y abrió las puertas a la refundación del Estado boliviano por parte de las mayorías indígenas y pobres. Está comprometido en un proceso de cambio social de larga duración, restringido por reglas democráticas, cuyo resultado depende de su capacidad para conservar coaliciones mayoritarias mediante la redistribución del ingreso, la recuperación del control de los recursos naturales y la movilización popular. La novedad de este proceso es doble: pospone el resultado final, al no recurrir a la guerra como la solución “natural” de la lucha por el poder, y abre una interacción impredecible con la sociedad civil, en la que las acciones del líder están sometidas a un control inédito de los movimientos sociales, y en la que el líder único no tiene el monopolio absoluto ni sobre el discurso, ni sobre la acción revolucionaria.

1. SOCIABILIDADES AUTÓNOMAS, EVENTOS Y REVOLUCIONES

El objeto de este artículo es analizar las diferencias entre los procesos revolucionarios de Cuba y Bolivia desde la perspectiva de la interacción entre los eventos ocurridos y las *sociabilidades autónomas* activadas en su despliegue, y de las trayectorias resultantes de esas interacciones, con el fin de dilucidar las transformaciones ocurridas en los procesos revolucionarios en América Latina.

¿En qué sentido preciso los procesos ocurridos en Cuba y Bolivia pueden definirse como revolucionarios? En lugar de proponer una definición exhaustiva de revolución, usaré una aproximación amplia, en la que el énfasis estará sobre el carácter de los *procesos* puestos en marcha, y no sobre la exactitud de sus resultados o de sus atributos. Una revolución es, entonces, el cambio repentino, irreversible y profundo en las relaciones de poder de una sociedad, logrado por la acción autónoma del pueblo en movimiento. No la definen, en esencia, ni la toma del poder estatal ni los métodos usados para lograrla, sino la masiva, rápida, imprevisible y, a veces, violenta, transformación de las relaciones de poder.

Parte de una intuición: las revoluciones se distinguen unas de otras por la forma particular en que secuencias de eventos activan las *sociabilidades autónomas*, y por el tamaño, alcance y memoria de las últimas. A la Revolución Boliviana la separa de la Cubana la extraordinaria potencia de las sociabilidades autónomas activadas en su proceso y su renuncia a la toma clásica del poder estatal por parte de un partido único.

¿Qué son sociabilidades autónomas? Son todas las formas de agrupación, cooperación, identidad, apoyo, solidaridad y asociación que emergen, crecen y se consolidan *a pesar, en contra y por fuera* de las relaciones de poder

dominantes. No son políticas per se, pero pueden llegar a serlo. Podrían ser asociaciones religiosas, culturales, de cooperación entre vecinos, de identidad racial. Son relaciones autónomas, conservadas a través del tiempo por la interacción entre la memoria y la actividad real. La mayor parte del tiempo están en hibernación, o en grados de actividad muy reducida, adoptando la forma de *trazos* que vienen del pasado, y sobreviven en el presente, creando puentes de memoria entre un pasado de movilizaciones y actividad con un presente en un estado de quietud que puede, sin embargo, convertirse en flujo y actividad.

En la Revolución Boliviana de 2000-2005, el impacto decisivo de las sociabilidades autónomas puede detectarse en lo que Adolfo Gilly denomina “una combinación inédita de rasgos antiguos y modernos y un uso nuevo de la violencia popular” (Gilly 2004, 1). Los rasgos antiguos no son la simple presencia del pasado: son el resultado de la activación de profundas formas de sociabilidad que, a lo largo de siglos, han sido conservadas y transformadas en su interacción con los eventos del presente. En su despliegue, los movimientos sociales han preservado los lenguajes, las formas de solidaridad y las herramientas de protesta de sus antepasados, transformándolos –en su encuentro con las formas de protesta de obreros, desempleados, trabajadores informales y excluidos en general– en un nuevo tipo de insurrección popular en la que la autonomía de los de abajo es preservada a lo largo de todo el proceso. Las marchas sobre la capital en octubre de 2003 están vinculadas, en su decisión, organización y despliegue, y en las técnicas de lucha y los lenguajes, al largo sitio que las fuerzas indígenas de Túpac Katari sometieron a La Paz en 1781.

Los alcances y la trayectoria de cada revolución reflejan el tamaño, la potencia y el alcance de esos *trazos* de autonomía con respecto al poder que cada sociedad ha conformado a lo largo de su historia. El alcance de esas formaciones espontáneas define qué tan *propicia* es una sociedad a la ocurrencia de un proceso revolucionario y determina –junto a los eventos independientes– la trayectoria real que cada proceso recorre.

La vida social y política está llena de eventos que no tienen ninguna trascendencia sobre las relaciones de poder. Episodios de conflicto, lucha y enfrentamiento, incluso de tamaño considerable, resultan inocuos por su incapacidad para generar nuevas acciones y cambiar las estructuras sociales y políticas predominantes en ese momento. Movimientos, marchas y rebeliones, muy similares a aquellas que han desencadenado procesos revolucionarios, ocurren a menudo sin generar cambios en las estructuras de poder y sin comprometer en la acción a un número creciente de ciudadanos

y agrupaciones. La definición sugerida por William Sewell es pertinente para entender el papel de los eventos en los procesos revolucionarios:

Afirmo que los eventos deberían ser concebidos como secuencias de acontecimientos que generan la transformación de estructuras. Tales secuencias comienzan con una ruptura de un cierto tipo –es decir, la quiebra sorpresiva de una práctica rutinaria–, a consecuencia de causas exógenas, de contradicciones entre estructuras, de pura ingeniosidad o perversión humanas, o de simples errores en rutinas dominantes. (Sewell 1996, 843)

El que ciertas secuencias de eventos tengan la capacidad de reproducirse generando acciones más grandes y correlacionando la acción de redes sociales de tamaño creciente depende de su impacto sobre las sociabilidades autónomas, y de la forma en que estas agrupaciones estén conectadas al resto de la población. Por ejemplo, la forma sistemática en que el sha de Irán atacó, persiguió y hostigó a los comerciantes agrupados en los bazares fue un factor decisivo en el desencadenamiento del proceso revolucionario iraní, al activar no sólo a esas asociaciones, sino a todas las familias, los individuos y los grupos a los que estaban conectados, entre ellos los estudiantes radicales.

¿Qué tienen en común los *ayllus* bolivianos; los círculos anarquistas y revolucionarios rusos; las sociedades filosóficas, los salones, los clubes y las logias masónicas presentes en la Revolución Francesa; los *bazares*, las *ma-drasas* y las mezquitas iraníes; las organizaciones clandestinas y gansteriles cubanas, los lunes de oración de Leipzig? Que cada uno –dentro de los límites impuestos por su interacción con el curso de los eventos– proveyó los trazos, los recursos, las relaciones y los lenguajes que hicieron posible el despliegue de procesos revolucionarios en esos países. Tanto los lenguajes como las relaciones y los recursos existen en la forma de trazos de vínculos sociales que pueden ser *activados* por la ocurrencia de eventos que reflejan fracturas en las relaciones de poder en una sociedad. Son, en otras palabras, redes sociales en estado de hibernación, o de actividad reducida, que pueden cambiar de estado si ocurre la secuencia de eventos propicia.

La relación entre eventos y sociabilidades no es mecánica ni determinista. No es la proverbial chispa que incendiaría la pradera en cualquier momento. Una inmensa proporción de los eventos sociales y políticos que reflejan fracturas y conflictos sociales no desencadenan secuencias de acciones que podrían conducir a un cambio revolucionario. Por el contrario, perecen en el océano de eventos intrascendentes que predominan en la vida social.

Algunos, sin embargo, logran generar secuencias de eventos que cuentan con la propiedad de la retroalimentación y conducen a la movilización de multitudes más grandes y decididas, y al quiebre de la resistencia del régimen político bajo ataque. Procesos largos y profundos de activación de las sociabilidades autónomas, que logran movilizar en su acción a otras agrupaciones sociales, pueden conducir a que las relaciones de poder de una sociedad cambien de estado en su conjunto. Esto no significa que el poder pase de unas manos a otras, de un partido o de un régimen a otro. Sólo significa que las relaciones de obediencia, sujeción y jerarquía dominantes son destruidas y reemplazadas por otras.

Esos cambios de estado pueden estar circunscritos a los trazos iniciales de sociabilidad, o pueden expandirse hacia otras redes y componentes sociales, combinándose con ellos y ampliando el campo de actividad revolucionaria, mediante la creación de puentes que unen grandes aglomeraciones antes separadas, no sólo por la distancia física, sino por distancias culturales, lingüísticas y políticas. Es lo que ocurrió en Bolivia con el desplazamiento y mezcla de cientos de miles de campesinos, obreros, empleados y pobladores hacia El Alto, en La Paz, producto de las políticas de privatización de los años ochenta: la combinación de tradiciones, lenguajes, herramientas insurreccionales y formas de organización provenientes de genealogías distintas de la resistencia popular –obrero, indígena, nacionalista– generó la más formidable fuerza rebelde a unos pocos minutos de la capital boliviana.

La perspectiva estructuralista (Skocpol 1979 y 1994; Wickham-Crowley 1992) en el estudio de las revoluciones privilegia la precedencia de conjuntos de factores que, al coincidir en ciertos momentos históricos, pueden explicar el inicio de un proceso revolucionario. La aplicación de su método ha permitido detectar la existencia de conjuntos de factores que con alta probabilidad pueden explicar el desencadenamiento de revoluciones sociales. Sin embargo, su centro de interés no ha sido la comprensión de los procesos revolucionarios, sino aproximar la revolución como un *evento singular* dependiente de un conjunto de causas. Este artículo tiene, por el contrario, la pretensión de entender los procesos revolucionarios, su despliegue y las secuencias de eventos y de acciones que constituyen sus trayectorias.

Por eso, a pesar de trabajar desde una perspectiva estructuralista, cuando Theda Skocpol intenta explicar la ocurrencia de las revueltas campesinas o agrarias dentro de las revoluciones estudiadas por ella, reconoce el papel de lo que ella denomina “idiomas culturales” –formas de lenguaje que unen a los miembros de una agrupación social y los diferencian del resto de la sociedad– en su desencadenamiento:

Los idiomas culturales tienen una existencia de largo plazo, más anónima y menos partidista que la de las ideologías. Cuando los actores políticos construyen argumentos ideológicos con propósitos relativos a la acción, invariablemente usan o tienen en cuenta los idiomas culturales disponibles, y esos idiomas pueden estructurar sus argumentos en formas parcialmente no buscadas. No obstante, pueden también desarrollar argumentos ideológicos nuevos como respuesta a las exigencias de la lucha política en desarrollo. (Skocpol 1994, 204)

Pero los “idiomas culturales” que contribuyeron al desencadenamiento de las revueltas campesinas en Francia, Rusia, China y México estaban fundamentados en vínculos sociales y agrupaciones resultantes de la agregación espontánea de esos vínculos. Compartían dos aspectos básicos del desarrollo de toda actividad revolucionaria: patrones de vínculos sociales independientes del poder y lenguajes comunes que resultan de la actividad independiente realizada en el pasado.

Intentaré mostrar que las trayectorias y los desafíos básicos de los dos procesos mencionados reflejan la diversidad de sus sociabilidades autónomas y de sus interacciones con eventos que no pertenecen al registro de las estructuras: líderes, hechos fortuitos, encadenamientos de secuencias. Y que el proceso boliviano está redefiniendo el espacio potencial de la revolución al descubrir el poder de las mayorías estables y de la movilización popular como alternativas al líder máximo, a la insurrección armada y al partido único, que caracterizaron a la Revolución Cubana. Un proceso no detectable a simple vista está detrás de la emergencia de esta alternativa: el encasillamiento (*lock-in*) de la trayectoria en una mayoría electoral estable, siempre bajo la supervisión política de los movimientos sociales que la constituyen como votantes, conservando, sin embargo, su autonomía política y su capacidad de movilización frente al Gobierno y al Estado.

2. UN POSIBLE ESPECTRO REVOLUCIONARIO

Desde el punto de vista de la interacción entre eventos y sociabilidades autónomas, Bolivia y Cuba serían puntos extremos sobre un espectro imaginario que ordenaría a las sociedades de acuerdo con la mayor o menor autonomía de sus sociabilidades. Bolivia ha contado con unas estructuras comunitarias muy fuertes, desarrolladas por fuera del poder y conservadas mediante la activación de los lazos con el pasado, la protesta, la movilización, la lengua

y la cultura. Es el único país latinoamericano en el que ha habido tres revoluciones populares. La primera de las cuales, ocurrida en 1781, precedió a la Revolución Francesa, y la segunda, ocurrida en 1952, sucedió siete años antes de la Revolución Cubana (Hylton y Thomson 2007). La tercera habría ocurrido entre 2000 y 2005 con los derrocamientos de Sánchez de Lozada y Mesa, y la elección de un presidente indígena, con la consigna de “Mandar obedeciendo” (Dunkerley 2007; Hylton y Thomson 2007).

La ocurrencia de tres revoluciones sociales en Bolivia está sujeta a discusión. Podría afirmarse que ni han sido exitosas ni han llegado hasta sus últimas consecuencias en la transformación de la sociedad boliviana: ni han tomado el poder del Estado por las armas, ni han destruido al sistema capitalista. Desde otra perspectiva, la revolución no es la toma del poder, o la destrucción de un conjunto de relaciones de intercambio y producción, sino la *irrupción masiva de los de abajo* en la conducción de la política hasta el punto de transformar las relaciones de poder en una sociedad. Como lo ha planteado Gilly, la revolución “viene desde abajo y desde afuera” (Gilly 2004, 9). La irrupción de los que venían desde abajo y desde afuera cambió en forma radical las relaciones de poder en Bolivia. Más allá del éxito o del fracaso de Morales en el Gobierno, las relaciones de poder en Bolivia ya no serán iguales ni regresarán a lo que eran antes de la revolución de 2000-2005. Desde el punto de vista de la larga duración, las tres revoluciones podrían considerarse como grandes episodios de una única revolución, basada en la activación de grandes sociabilidades indígenas, obreras y marginales, y en la conservación de la memoria insurreccional a través de tres siglos.

Como lo plantean Hylton y Thomson (2007, 24), la revolución social de 2000-2005 no debe ser interpretada como un evento singular –la toma del poder del Estado, por ejemplo– sino como una coyuntura y un proceso. Un proceso que implicó una formidable secuencia de movilizaciones populares y la ruptura de las relaciones de poder en casi todo el país, y su sustitución por otras, hoy en pleno proceso de desarrollo.

La Cuba de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, con sociabilidades autónomas muy frágiles, movimientos sociales fragmentados y una mezcla explosiva de gansterismo, política clandestina, incertidumbre política y corrupción, estaría situada en el otro extremo del espectro. La debilidad de la movilización social, la proliferación de pandillas armadas y la decadencia absoluta de los partidos conformaron una situación en la que la apuesta política más viable era el asalto militar al poder. Batista, con sus dos golpes de Estado, ya había mostrado la fragilidad extrema del régimen político y lo fácil que resultaba para una fuerza militar organizada asumir el poder estatal. Su segundo golpe, concretado en la toma de la guarnición militar Columbia, fue

el modelo que un muy joven Fidel Castro siguió al lanzar su asalto suicida al Cuartel Moncada en 1953, y que siguieron más tarde otros revolucionarios como el presidente de la FEU y líder del Directorio Revolucionario, José Antonio Echeverría, en marzo de 1957.²

No hubo, de hecho, movilización popular abierta contra el régimen de Batista. Al menos no en el sentido de las gigantescas movilizaciones populares ocurridas en Bolivia en 2000-2005. Hubo, en cambio, una dura resistencia clandestina, realizada por pequeños grupos armados que actuaban en forma suicida contra el régimen. Esos grupos fueron decisivos para garantizar el apoyo de las ciudades al intento revolucionario y coordinar la logística detrás del desembarco del *Granma* y el apoyo posterior –en la forma de armas, suministros, información– a la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Más que grandes movimientos sociales, en Cuba hubo un alzamiento popular alentado por la actividad de redes conformadas por pequeños grupos que replicaban, en su actividad y organización, la estructura básica de lo que Canetti (1962) denomina una “multitud cristalizada”.

3. EL EJEMPLO IRREPETIBLE DE CASTRO

El camino adoptado por Fidel Castro es irrepetible. No sólo por la ya aludida fragilidad de los movimientos sociales en Cuba, sino por el momento en el que ocurrió: después de 1959, su capacidad para producir sorpresa estratégica había desaparecido del todo. Más aún: todos los intentos de seguir el llamado camino guevarista o “foquista” hacia la revolución fracasaron en forma contundente en América Latina. Fidel Castro descubrió la importancia de la guerra en la política, no en Martí ni en Lenin, sino en el mundo conspirativo y violento, a mitad de camino entre lo público y lo secreto, que era la política cubana de los años cuarenta y cincuenta, en particular, el mundo en el que se disputaba, entre diversas facciones y tendencias, la lucha por la dirección del movimiento estudiantil universitario. En el ensayo autobiográfico que

2 No sólo Fidel Castro lanzó ataques suicidas. El 13 de marzo, el Directorio Revolucionario, dirigido por el líder estudiantil José Antonio Echeverría, lanzó un ataque suicida contra el palacio presidencial de Batista. Una falla de coordinación de los asaltantes (un segundo grupo de refuerzo nunca llegó) y la superioridad numérica de los defensores de Palacio condujeron a la total derrota de los insurgentes y a la muerte de Echeverría, en un enfrentamiento con la Policía cerca de la Universidad de La Habana, que habría de ser el cuartel general insurgente. La certeza de que su sacrificio conduciría a la victoria final es visible en las palabras que Echeverría dirigió a los cubanos desde Radio Reloj: “Porque tenga o no nuestra acción el éxito que esperamos, la conmoción que originará nos hará adelantar en la senda del triunfo. Pero es la acción del pueblo la que será decisiva para alcanzarlo” (Carta de Cuba s. a.).

sirve como introducción a *La victoria estratégica*, Fidel Castro confiesa que estuvo a punto de perder la vida en la época en que era dirigente estudiantil en la Universidad de La Habana, cuando vivió los mayores peligros de su vida (Castro 2010, 9).

Allí, Castro habría de descubrir la importancia decisiva de las armas y de la guerra en la política cubana:

Pero siento la necesidad de expresar que desde entonces estuve decidido a todo y empuñé un arma. Las experiencias de mi vida universitaria me sirvieron para la larga y difícil lucha que emprendería poco después como martiano y revolucionario cubano. (2010, 9)

Pero en lugar de asumir, como todos los líderes impacientes del pasado, que la guerra terminaba la revolución, disminuyendo su incertidumbre a un mínimo soportable, Castro vio que la guerra anulaba la competencia política y discursiva por el poder y podía dinamizar su curso en cualquier momento. Mientras que, para sus antecesores, la guerra estaba siempre al final o al comienzo, para Castro la guerra no sólo abría el camino hacia la revolución: la mantenía sobre él. La idea de superar la incertidumbre y la competencia política y discursiva por el poder no es original de Castro, por supuesto. Ya Lenin había visto que sólo una organización partidista profesional, conformada de acuerdo con las líneas de la guerra insurreccional, podía superar la terrible incertidumbre con respecto a las relaciones de poder generada por la revolución.

Castro hizo de la guerra el espacio en el que se formaría, en un mismo proceso, la coalición social que sería la base popular de la revolución y el liderazgo que la conduciría en el futuro. En el archipiélago de grupos, partidos, matices, tendencias y facciones que era la política cubana del momento, la avanzadilla revolucionaria que desembarcó en 1956 se convirtió en una especie de campo magnético³ que “ordenó” la multitud de partículas que flotaban en desorden. El centro de la revolución dejó de ser La Habana, o Santiago, para ser la Sierra Maestra.⁴ Y allí, en la capital y en el resto del país, fue la

3 Esta metáfora pertenece a Celia Hart (2004), quien, además de estudiar la revolución y pertenecer a la élite revolucionaria cubana, obtuvo un doctorado en Física. La metáfora viene del modelo de Ising, muy popular en física estadística.

4 Carlos Franqui (2006) afirma que sin la participación de los militantes del M-26 y del Directorio no habría sido posible el triunfo de la guerrilla. Sin embargo, el *relato* que se impuso fue el de Castro, porque desde un principio él había terminado toda competencia política o discursiva por el poder. El rodeo por la Sierra Maestra hace parte de

acción de ese pequeño grupo de rebeldes lo que permitió la generación de los puentes y de los vínculos que unieron los esfuerzos de muchos opositores al régimen, en las ciudades y en el campo de Cuba. La avanzadilla de Fidel Castro no es el partido de Lenin, es el catalizador, a través de la guerra y de la acción real, de todos los discursos, las acciones, los agravios y la energía que muchos cubanos tenían contra el régimen de Batista. De su acción surgieron las configuraciones sociales que dos años más tarde derrocarían al dictador y serían la base social para la revolución en marcha. Las principales agrupaciones activadas –incluidos el Directorio Revolucionario y el M-26 urbano– siempre estuvieron, sin embargo, bajo el dominio de Fidel Castro y fueron liquidadas sin piedad en los primeros años de la revolución.

Su estrategia fue, entonces, una inversión radical de los tiempos de la revolución. A diferencia de la Revolución Francesa, en la que la competencia política y discursiva por el poder fue el centro de su dinámica revolucionaria durante una década, o de la Revolución Rusa, en la que el partido leninista y, luego, la guerra y el terror terminaron con la competencia política y con la revolución misma, la Revolución Castrista eligió primero la guerra, y nunca dejó de recurrir a ella en sus cincuenta años de existencia, dejando para mucho más tarde la creación del partido. Pero esto no es sólo producto del genio político de Castro: la proximidad política, geográfica, económica y simbólica de Estados Unidos, y las íntimas relaciones que ese país había tenido desde siempre con Cuba, configuraban la oportunidad inédita de realizar una revolución hacia *afuera*, con un enemigo principal situado por fuera del territorio nacional, pero profundamente anclado en el imaginario de los cubanos.

Las mismas razones que llevaron a Estados Unidos a propiciar la caída de Batista y el ascenso de Castro al poder hicieron posible la situación estratégica que convertiría su relación con Castro en el juego real de interacción estratégica más prolongado de la historia contemporánea. La guerra contra Estados Unidos se convirtió en el catalizador permanente de la revolución. Dejó de ser una salida ocasional, para convertirse en el sistema que le daba su fuerza dinámica y la hacía perseverar como revolución. Castro vislumbró que la relación con Estados Unidos determinaría el curso de la revolución, y no se equivocó: Estados Unidos –con y sin Guerra Fría, con misiles o sin misiles nucleares, en cualquier circunstancia política– nunca dejó de ser el enemigo consecuente y perfecto, que nunca intentó retirarse del juego.

esa estrategia de conjunto. El mismo Franqui muestra cómo la larga marcha de Castro hacia La Habana, entre el 1 y el 8 enero, fue una forma de compensar su inactividad militar y de llegar como libertador a la capital.

Desde la invasión fallida de Bahía de Cochinos, y sobre todo desde la crisis de los misiles, Cuba ha vivido, literalmente, al borde del precipicio: la suerte de la revolución y la supervivencia de los cubanos han dependido de la forma en que el Comandante en Jefe ha enfrentado cada uno de los episodios en los que el poder imperial de Estados Unidos ha estado a punto de aplastar la revolución. En cada una de esas ocasiones la respuesta ha sido la movilización revolucionaria, el despliegue bélico, el enfrentamiento real en campos de batalla en diversos lugares del mundo. El gran efecto del enfrentamiento con Estados Unidos ha sido garantizar la movilización permanente de los cubanos contra un enemigo todopoderoso, al que ya han derrotado y frente al cual están dispuestos a perecer.

Y aquí aparece el otro aporte de Castro a la teoría de la revolución: hacer externa la incertidumbre revolucionaria. No fueron las amenazas internas las que pusieron la guerra revolucionaria al orden del día, o las que movilizaban la energía revolucionaria del pueblo cubano. No es tampoco la competencia discursiva y política por el poder, como ocurrió en la Revolución Francesa (Furet 1981 y 2007). Las escasas amenazas internas fueron tratadas con eficiencia ejemplar a través de los sistemas sociales de vigilancia engranados al poder del Estado, y los aspirantes al lugar de líder único, o no existieron, o desaparecieron de la escena sin mayor escándalo. La guerra resolvió, desde un principio, la competencia por el poder: el líder de la revolución era el jefe de su ejército. Y el jefe de un ejército victorioso era el líder de la revolución triunfante.

Desde el primer día, entonces, la supervivencia de la revolución ha dependido de la incertidumbre producida desde fuera, pero enunciada e interpelada por la palabra del líder único. En lo que puede interpretarse como un desarrollo original del Gran Miedo de la Revolución Francesa, en Cuba el líder único toma la palabra para anunciar las amenazas producidas por el enemigo. Con una diferencia obvia: en Cuba la amenaza es, sobre todo, externa. Los ocasionales enemigos internos son tratados a través de las redes y organizaciones correspondientes, sin producir la paranoia absoluta que emergió en la Francia revolucionaria. Por eso, lo que ha estado en juego todos los días es la supervivencia de la revolución frente a su gran enemigo externo y, con el paso del tiempo, frente al mundo exterior en general. Un mundo pródigo en sorpresas que le deparó, no sólo el abandono de los rusos, sino también la llegada de Chávez y Morales, y de los capitales españoles, canadienses y chinos, cuando todo parecía perdido para la revolución en América Latina.

4. LA EMERGENCIA DEL LÍDER ÚNICO

En la Cuba de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, la inestabilidad de las relaciones de poder no era un secreto para nadie. Todo indicaba que era posible disputar el poder desde una posición de fuerza. Con el suicidio al aire del político más popular del momento, Eddy Chibás, en agosto de 1951, la situación política cubana alcanzó el punto de más alta inestabilidad: el poder estaba allí para ser tomado, y Fulgencio Batista así lo hizo, en marzo del año siguiente, suspendiendo de paso las elecciones programadas para ese año, y dando ejemplo a muchos jóvenes con ideas propias acerca de la toma del poder. El regreso al poder de Batista –un antiguo sargento que había llegado al poder en 1933 mediante la primera revuelta exitosa de sargentos en la historia mundial– confirmaba que las opciones políticas de la sociedad cubana se habían reducido a un mínimo y que la debilidad de sus partidos y de sus instituciones era irreversible.

La debilidad de los partidos reflejaba, por otro lado, la debilidad y fragmentación de las clases sociales. Como lo muestra en forma convincente Wickham-Crowley (1992), tanto las clases medias como las clases altas cubanas estaban fragmentadas y no tenían ninguna capacidad para conformar coaliciones fuertes, y mucho menos para imponer arreglos políticos. Es esa debilidad manifiesta la que explica el fácil regreso al poder de Batista y la muy inútil resistencia ofrecida a sus aspiraciones políticas. Y explica también la desbandada masiva de cubanos de clase alta y media hacia Miami en los tres años posteriores a la entrada de los revolucionarios a La Habana: 200.000 emigrados en sólo tres años es una cifra asombrosa para un país tan pequeño como Cuba (Domínguez 1998, 188). Tan masiva, que la resistencia interna a la revolución fue siempre demasiado débil.

Allí está uno de los fundamentos del larguísimo juego que habría de tener como protagonistas a la revolución de Castro y a Estados Unidos. En realidad, Miami y su zona de influencia se habían convertido en un nuevo estado de la Unión Americana. Un estado que libraba una extraña guerra de resistencia contra un pequeño Estado extranjero. Lo que configuraría el primer caso en el mundo de una guerra civil librada totalmente⁵ desde fuera de la nación en disputa. La otra novedad introducida por la Revolución Cubana está en la forma en que el líder único “produce”, mediante su interacción con Estados Unidos, los eventos que mantendrían viva la incertidumbre requerida por la dinámica revolucionaria. Las difíciles disyuntivas enfrentadas

5 Por supuesto, hubo resistencia interna. Los llamados bandidos del Escambray son el caso más notorio. Pero nunca tuvieron ninguna posibilidad estratégica real contra el régimen de Castro.

por la revolución han emergido de la interacción estratégica entre Castro y Estados Unidos, y, en menor grado, de la interacción con otros gobiernos de América Latina y del mundo y con el exilio cubano. En casi todas ellas, en proporciones diversas, la iniciativa ha estado en las manos del Comandante en Jefe. Desde la llamada crisis de los misiles –que casi conduce al mundo a una guerra nuclear– hasta la reciente tragicomedia de Elián González, el niño rescatado de sus familiares de Miami y de las garras del imperialismo, pasando por todos los episodios en los que la revolución ha sido protagonista en América y en África, Fidel Castro ha conservado la iniciativa estratégica movilizándolo a sus compatriotas por causas no siempre relevantes para sus vidas. He aquí la forma en que Castro ve sus hazañas estratégicas:

Eisenhower tuvo que desplegar cinco millones de soldados, tanques y aviones para tomar Europa, ¡pero a mí me han bastado dos viejas para desestabilizar al gobierno de los Estados Unidos! (Anderson 2010, 188)

Las luchas por la orientación global de la revolución se dieron casi todas en la mente de Fidel Castro, y no en las instituciones políticas de la revolución. Fue él quien anunció el carácter socialista de la Revolución, tomó las decisiones fundamentales sobre la propiedad de la tierra y de las empresas, lanzó la consigna de la zafra de los diez millones de toneladas, resolvió los términos de la alianza con la Unión Soviética y tomó la decisión de actuar en África en los setenta. Y fue él también quien dirigió, durante décadas, el rumbo cambiante de la política cubana con respecto a las guerrillas latinoamericanas y a la supervivencia de gobiernos de izquierda en Suramérica. A través de todos esos episodios, Castro logró dirigir la energía revolucionaria de los cubanos hacia confrontaciones externas, mientras que las fracturas internas de la sociedad cubana no llegaron a convertirse en confrontaciones políticas o en movilización social. Esa situación es la que permite explicar la paradoja de una revolución que terminó en el momento mismo de su triunfo, pero siguió siendo revolución mediante la movilización permanente contra un gran enemigo externo.

5. MORALES Y LA REVOLUCIÓN

Evo Morales *no* es el líder de la Revolución Boliviana. Fue uno de los líderes, entre otros, de la oleada revolucionaria que sacudió a Bolivia entre 2000 y 2005. Desde el punto de vista de la historia tradicional de las revoluciones, su participación en el proceso insurreccional de 2000-2005 no fue decisiva. Tanto las guerras del agua como la del gas habrían podido ocurrir sin él.

Nada, sin embargo, habría resultado igual si Morales no hubiera desarrollado, en forma paralela al proceso revolucionario de 2000-2005, una estrategia electoral victoriosa, que terminó absorbiendo la energía revolucionaria desatada y consolidando las mayorías electorales más grandes de toda la historia republicana de Bolivia. Y si, además, no hubiera sido el organizador del movimiento cocalero que lo puso al frente de la resistencia a la guerra contra las drogas declarada por Estados Unidos y apoyada por los gobiernos bolivianos (Hylton y Thomson 2005).

Entre 2000 y 2005 transcurrieron dos procesos distintos que terminaron confluyendo, por ahora, en uno solo. Un proceso revolucionario, aún sin resolver, y otro electoral, resuelto a favor de Morales en ese año decisivo, después de una corta carrera electoral, comenzada en las elecciones parlamentarias de 1997. Los dos siguieron trayectorias distintas y paralelas. Mientras que el proceso revolucionario siguió una trayectoria espontánea, producto de la interacción entre eventos y sociabilidades autónomas, el proceso electoral encontró en Morales –líder del partido más grande entre los muchos partidos pequeños que disputaban el campo electoral– una salida para la extrema incertidumbre de la política boliviana.

¿Cómo podría la democracia electoral dominar un proceso revolucionario en un país con tal tradición de inestabilidad, golpes de Estado, revueltas, insurrecciones y presidentes de facto? La respuesta está en que la democracia electoral no llegó como una salida providencial para la turbulencia revolucionaria, sino que creció en forma *paralela* a ella: la curva que describe la trayectoria electoral de Morales corre paralela a la curva de despliegue del proceso revolucionario boliviano, con puntos de encuentro en 2002 y 2005. El crecimiento sistemático de las mayorías de Morales, en las elecciones de 2005, 2008 y 2009, ha disminuido en forma radical la incertidumbre extrema⁶ que antes dominaba el campo electoral en Bolivia, convirtiendo al MAS en la primera fuerza política del país, basada en una coalición que supera en tamaño y en fuerza política al bloque separatista que pretendió derrocarlo en 2008.

La superposición entre elecciones y revolución ocurrida en Bolivia es un episodio particular del acoplamiento entre dos procesos excluyentes, en principio, pero con una larga historia de coincidencias⁷ que sugiere la emer-

6 Ver la muy original aplicación de la entropía al estudio de la incertidumbre política, realizada por Stephen Coleman (Coleman 1975, cap. 6). A pesar de la escasa atención que le academia le dedicó, es uno de los mejores intentos por entender los fenómenos políticos agregados, por fuera de la camisa de fuerza de la decisión racional.

7 El episodio clásico es el ascenso al poder de Luis Napoleón Bonaparte, mediante elecciones, en 1851, como cierre de la Revolución de 1848. En tiempos recientes, en

gencia de un fenómeno estructural. Mi hipótesis es que el proceso electoral, mediante la estrategia de Morales, absorbió en forma creciente la energía revolucionaria en las coyunturas electorales de 2002, 2005, 2008 y 2009, posponiendo el desarrollo del proceso revolucionario –sin finalizarlo del todo– y transfiriendo el orden surgido de la oleada revolucionaria al Gobierno y al Estado en proceso de refundación. El resultado de las elecciones de 2005 reflejó el inicio de un proceso de absorción de la energía revolucionaria mediante la emergencia de una coalición mayoritaria que no ha dejado de crecer desde ese momento, con avances notables incluso en los departamentos de la Media Luna, considerados antes territorio inexpugnable de la coalición separatista. Dos razones básicas están detrás de ese crecimiento.

La primera es que hasta *hoy* no ha habido transferencia de votos desde la coalición de Morales hacia la separatista. La probabilidad de que alguien que haya votado por Morales vote por un candidato de la derecha separatista era casi cero en 2009. En cambio, la probabilidad de que alguien que no haya votado, o haya votado por la coalición contraria, lo hiciera por la de Morales era mayor que cero y, a juzgar por los resultados de Santa Cruz y Beni, estaba alrededor de 0,30 (Oviedo 2010). Es decir, el flujo de votantes ha ido, hasta las elecciones de 2009, desde la coalición separatista, y desde la abstención, hacia la coalición de Morales. Esto no ha dejado de ocurrir desde 2002, lo que configura un fenómeno notorio y único. Es obvio que esta situación puede cambiar. Si la dura confrontación entre el Gobierno y los movimientos sociales ocurrida en los últimos meses continúa, y gana fuerza, es probable que genere fracturas en la coalición electoral que apoya a Morales, y tenga efectos sobre los resultados electorales próximos.

La segunda es el “encasillamiento” (*lock-in*) generado por la mayoría obtenida en 2005: una vez que la coalición mayoritaria descubrió que lo era, no ha querido dejar de serlo. Por el contrario, ha logrado sumar nuevos miembros, parte, sin duda, de la mayoría de indígenas y pobres que la revolución de 2000-2005 convirtió en mayoría política. Detrás del “encasillamiento” está otra vez la historia: los indígenas y los pobres siempre habían estado

Venezuela, Hugo Chávez ha ganado tres elecciones presidenciales y varios referendos (y perdió otro), mientras avanza su Revolución Bolivariana. En Filipinas, la Revolución del Poder Popular II, ocurrida en 2001, terminó en forma instantánea, con el juramento de la vicepresidente de Estrada, Gloria Macapagal-Arroyo. Lo que implicaba un castigo político a Estrada como persona, y no al régimen político. En España, en 2004, el derrocamiento “electrónico” del Partido Popular ocurrió todo dentro del contexto electoral. En estos últimos episodios, lo electoral subsume a la revolución potencial desde un comienzo. No ha ocurrido así en Bolivia, en donde lo electoral corrió paralelo a la revolución, y la energía revolucionaria ha sido absorbida, en parte, por las elecciones.

en mayoría numérica, pero nunca habían sido mayoría política. Sólo lo son a partir de 2005, y como un efecto de la energía desatada por la activación de las sociabilidades autónomas e insurreccionales latentes en Bolivia. La suma de nuevos miembros a la coalición mayoritaria no ha ocurrido voto a voto, vía la deliberación racional de individuos separados, sino a través de la formación de agrupaciones colectivas que subsumen a los individuos.

En lo que podría ser un desenlace político en extremo original, la dimensión conflictiva del proceso revolucionario ha estado siendo resuelta en el escenario electoral, mientras que las luchas de los movimientos sociales han pasado por el filtro de las relaciones no antagónicas con un Estado que dice fundamentarse en ellos. Sin embargo, esa relación entre los movimientos sociales y el Estado no es armoniosa por definición y podría derivar en relaciones de patronazgo, cooptación o conflicto abierto, como, de hecho, está ocurriendo hoy alrededor de problemas ambientales y distributivos. Aquí está la apuesta central del proceso boliviano. James Dunkerley ha planteado, desde una perspectiva distinta, una intuición similar:

Tomaré sólo un motivo central –la reconstitución, entre 1986 y 2000, de un movimiento consciente de la clase obrera en una masa múltiple pero distintivamente plebeya– como parte de una proposición más general: que Evo Morales encabezaba, en enero de 2006, la tercera Revolución Boliviana. Si esa revolución puede ser vista –de forma útil– como plebeya en naturaleza y en expresión política, entonces, como los críticos de García alegan, es también el producto de una economía política que es *ch'enko* (enredada, enmarañada, confusa) y que, por tanto, no puede desconocer la institucionalidad liberal propia de su evolución ni evitar el abrazo de las prácticas colectivistas. (Dunkerley 2007, 146)

a. El puente

La emergencia del MAS⁸ como segunda fuerza política del país sobrevino en las elecciones generales de 2002, ocurridas después de la guerra del agua de Cochabamba (en la que Morales tuvo una participación importante), y de la

8 La primera aparición electoral independiente del MAS ocurrió en los comicios de 1999, al obtener el 3,2% de los votos en las elecciones municipales. Antes lo había hecho en 1997, bajo la divisa de la Izquierda Unida (IU), en alianza con el Partido Comunista de Bolivia, logrando elegir a Morales como diputado por el distrito de Chapare, su base política original (Oviedo 2010).

activación general de las comunidades y organizaciones indígenas, cocaleras y de trabajadores de todo el país. De hecho, Morales fue segundo en las elecciones presidenciales, con un 20,94% de los votos, convirtiéndose en el rival de Sánchez de Lozada en la vuelta parlamentaria establecida para elegir al presidente cuando ningún candidato triunfa por elección directa. Aunque Morales no fue elegido, su partido se convirtió en la segunda fuerza política del país, luego de haber sido la decimoctava en las elecciones anteriores. Más importante aún: se había vuelto el único rival electoral de Sánchez de Lozada. Esta posición –pasajera en condiciones normales– habría de ser importante para su futuro y para el de la política boliviana.

En 2002 todavía no estaba claro para dónde avanzaría el proceso revolucionario iniciado por la triunfal guerra del agua de Cochabamba; ni siquiera era claro si se trataba, en efecto, de un proceso revolucionario. Por eso, si bien las elecciones de 2002 reflejaron, en proporción limitada, lo que estaba ocurriendo, no podían reflejar lo que todavía estaba por ocurrir. Su efecto ya pudo notarse, sin embargo, en el espectacular crecimiento de la votación de Morales y en la extrema fragmentación del campo electoral boliviano, en particular, de los partidos tradicionales y de las nuevas fuerzas de derecha. Es obvio que Morales capitalizó su participación en la guerra contra el agua de Cochabamba, y en la dirección de los cocaleros.

El porqué del éxito de la estrategia electoral de Morales en una situación revolucionaria pertenece al mundo de lo contingente: entre todos los líderes⁹ de la insurrección popular que había depuesto a Sánchez de Lozada y estaba a punto de derrocar a Mesa, sólo Morales mantuvo siempre la apuesta electoral como su primera opción, y era el único líder que podía actuar, a un tiempo, en el mundo de las elecciones y en el de la insurrección. El adelanto de las elecciones de 2007 para diciembre de 2005 lo situó en la posición privilegiada de ser el único *punte* entre la insurrección y las elecciones: el *vehículo* que permitiría transformar la energía revolucionaria en votos. Ese papel de puente no fue el resultado de una estrategia electoral de última hora. Hylton y Thomson (2005, 51-61) establecen en su narrativa de la revolución de 2000-2005 el papel de puente, entre los movimientos sociales y la lucha electoral, asumido por Morales y el MAS. Las decisiones de actuar, participar en las

9 Felipe Quispe, un antiguo guerrillero, líder del Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK), al que también perteneció el hoy vicepresidente, Álvaro García Linera, también participó en las elecciones de 2002 y 2005, con resultados inferiores a los de Morales. Los dos siempre tuvieron una relación antagónica como los máximos líderes de los movimientos indígenas, exacerbada durante los eventos de 2000-2005 y el posterior triunfo de Morales (Hylton y Thomson 2005, 50).

elecciones y el Parlamento y regresar a la acción tomadas por Morales en ese período le dan el papel de puente activo entre los dos mundos.

Después de la caída de Sánchez de Lozada, una alianza implícita de Morales con Mesa permitió que el segundo accediera a la Presidencia y que la votación del MAS en las elecciones municipales cayera a un 18%. En su papel de puente entre los dos mundos, Morales rompió con el Gobierno en 2005, y el 2 de marzo se sumó al movimiento de los alteños participando en marchas y bloqueos. La importancia de ese papel puede apreciarse con mayor dramatismo en los sucesos de marzo de 2005. Después de firmar el “Pacto por la Unidad” –con casi todos los movimientos sociales, salvo con la Fejuve de El Alto–, el 9 de marzo, Morales abandonó sorpresivamente el movimiento para regresar al Parlamento, “llevando los bloqueos a un abrupto fin el 16 de marzo de 2005” (Hylton y Thomson 2005, 59).

La importancia de los giros estratégicos de Morales y del MAS puede apreciarse otra vez, a mediados de mayo de 2005, con la emergencia de Román Loayza, del MAS, como el líder nacional de la lucha por una nueva legislación en materia de hidrocarburos. En dos semanas, todo el país estaría de nuevo paralizado, y el MAS volvería a estar al frente de los movimientos sociales. La victoria de Morales fue, entonces, el efecto de su función como *puente efectivo* entre el mundo electoral y el insurreccional, y de la coincidencia temporal entre una estrategia electoral estable y un campo político revolucionario que excluía, en principio, la vía electoral. Los líderes de los movimientos sociales, en especial los de El Alto, conjeturaban que una eventual victoria de Morales no cambiaría nada y que la movilización social continuaría. Pero la victoria de Morales en 2005 sí reflejaba varios cambios decisivos.

En primer lugar, en las relaciones de poder. Los movimientos sociales habían producido una ola insurreccional que había derribado dos presidentes y enterrado el proyecto neoliberal boliviano. La fragilidad del poder presidencial, la crisis del proyecto liberal, la fragmentación del campo electoral y la ausencia de una coalición capaz de gobernar el país constituían una típica situación de vacío de poder. El poder estatal parecía estar allí, muy cerca, listo para ser “tomado”. Sin embargo, el problema de la toma del poder nunca fue planteado. Una vez caído Sánchez de Lozada, el Congreso nombró a Mesa, y una vez éste fue derrocado, y neutralizadas las aspiraciones de Vaca Díez, Eduardo Rodríguez fue nombrado por el Congreso, y las elecciones fueron convocadas, sin que los movimientos sociales hubieran intentado asumir la dirección del Estado. ¿Por qué? ¿Renuncia abierta al poder del Estado? ¿Una extraña lucidez política que habría renunciado al poder para criticarlo desde abajo, siempre? Autores marxistas como Jeffery Webber (2010) han señalado

la ausencia de una estrategia y de un partido revolucionarios como el factor crucial para explicar esa aparente omisión:

A pesar de su impresionante capacidad para movilizarse y de sus objetivos anticapitalistas y de liberación indígena de largo alcance, el bloque indígena de izquierda carecía de un partido revolucionario que hubiera provisto el liderazgo, la estrategia y la coherencia ideológica necesarios para derrocar al Estado capitalista existente y reconstruir un nuevo poder basado en el autogobierno de la abrumadora mayoría de campesinos y proletarios indígenas. A consecuencia de ello, la avalancha de extraordinarias movilizaciones y la profunda crisis del Estado, observadas durante la guerra del gas, no fueron una transformación revolucionaria sino un giro en la política popular, desde las calles y el campo hacia la arena electoral, cuando las elecciones fueron adelantadas para el 18 de diciembre de 2005. (Webber 2010, 68)

Pero una ausencia no es una explicación satisfactoria. La pregunta es por qué el partido revolucionario estuvo ausente de la Revolución Boliviana de 2000-2005. Y por qué –aun en su ausencia– ocurrió la revolución. La respuesta es que la estructura organizativa de los movimientos sociales que conformaron la revolución no convergió hacia el partido leninista o revolucionario que Webber parece tener en mente. El despliegue real de los movimientos sociales nunca optó por las estructuras jerarquizadas de los partidos leninistas, evolucionando hacia formas cambiantes de dirección colectiva, que permitían la diversidad de puntos de vista y no respondían a estructuras burocráticas situadas por encima de los movimientos mismos. La explicación debe ser buscada otra vez en el pasado. Las estructuras organizativas de las comunidades indígenas nunca tomaron la forma de partidos centralizados. Han conservado a lo largo del tiempo estructuras que combinan la jerarquía –derivada del conocimiento y la tradición– con formas de cooperación y de solidaridad, que requieren la iniciativa desde abajo. La fusión entre las formas indígenas de organización y las obreras, ocurrida al calor de los movimientos sociales recientes, condujo al predominio de las primeras sobre las segundas y al avance de los movimientos sociales bolivianos hacia formas organizativas a las que, según Álvaro García Linera,

Pueden sumarse campesinos, regantes, estudiantes, obreros sindicalizados, desocupados, intelectuales, individuos

sueltos, y la hegemonía se mueve alrededor de temas, de circunstancias, movilizaciones temáticas, autonomía de cada organización en función de sus repertorios, estructuras y sus maneras de cumplimiento; subsiste, sin embargo, una voluntad de acción conjunta en torno a un tema y a liderazgos móviles y temporales. (En Stefanoni 2009, 19)

6. EL PARTIDO ÚNICO

La ausencia de un partido revolucionario, más que una respuesta, es, pues, una pregunta. Y en la respuesta a esta pregunta puede estar una de las claves para entender la lógica del proceso revolucionario boliviano, y sus profundas diferencias con el proceso cubano. En Cuba, la figura del líder máximo absorbió al partido único y a la movilización de masas, convirtiéndolos en parte del espacio de acción y de enunciación de Fidel Castro. Más aún: tanto el partido como las grandes organizaciones de masas fueron inducidos desde arriba por el máximo líder, al calor de la energía que despertaba el enfrentamiento con Estados Unidos y demás enemigos internos y externos de la revolución. Mientras el Movimiento 26 de Julio y el Directorio eran liquidados, Castro conformó un nuevo partido, la ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), que absorbió a los anteriores, pero quedó bajo el control del antiguo Partido Comunista de Cuba (PSP), con larga experiencia en materia organizativa. Cuando el aparato del tradicional Partido Comunista de Cuba comenzó a actuar con cierta independencia y a usar en su favor su capacidad organizativa y burocrática, Castro eligió a Manuel Escalante, un viejo dirigente comunista, como el chivo expiatorio de la campaña antiburocrática. Escalante fue purgado, junto a algunos de sus seguidores, y el partido aprendió que no podía actuar por fuera de las coordenadas fijadas por el líder máximo.

Pero no sólo Escalante fue purgado: antiguos militantes del M-26, del Partido Ortodoxo y de organizaciones independientes salieron del escenario político. Otros, como Camilo Cienfuegos,¹⁰ desaparecieron para siempre, en la misma coyuntura en que otro viejo compañero de armas, Huber Matos, fue enviado a prisión por veinte años.

10 Camilo Cienfuegos desapareció en un avión en el que viajaba a interrogar a Matos por su conducta contrarrevolucionaria. No es claro por qué Cienfuegos –el comandante con mayor reconocimiento popular después de Fidel Castro– debía cumplir esa tarea. Botín (2010) especula que detrás de todo estuvo el segundo al mando, Raúl Castro, jefe de unas Fuerzas Armadas en las que el comandante más respetado y con más arraigo popular era Camilo Cienfuegos.

Es más: el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba fue pospuesto hasta 1976, ¡diecisiete años después del triunfo de la revolución! Mientras tanto, todos los asuntos políticos fueron tratados desde el poder real conformado por Fidel Castro y su grupo de colaboradores más inmediatos. Por eso, el Partido Comunista creado por Castro en 1976 nunca fue *el* partido de la revolución, en sentido estricto. Por encima y fuera de él siempre estuvo Fidel Castro.

Los CDR (Comités de Defensa de la Revolución), surgidos en 1960, y que llegarían a tener millones de miembros, fueron creados por el régimen como los ojos y oídos de la revolución: redes de vecinos con la misión de descubrir los planes y acciones de todos sus enemigos, reales e imaginarios. De igual forma, fueron creadas la FMC (Federación de Mujeres Cubanas), la UJC (Unión de Juventudes Comunistas) y la ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños). Las organizaciones de masas del pasado (la FEU y la CTC) ya habían sido absorbidas por el aparato estatal. Dos factores hicieron posible la inducción desde arriba de organizaciones de masas con cierta capacidad de movilización: el enfrentamiento con Estados Unidos y el monopolio de Fidel Castro sobre el discurso y el proceso revolucionarios.

La ausencia de una cultura deliberativa pudo observarse en la pobre discusión realizada con motivo del VI Congreso del PCC. En un momento crucial, por los cambios económicos por venir, la discusión colectiva no estuvo a la altura de lo que el nuevo líder máximo, Raúl Castro, pedía a través de sus discursos. Cincuenta años sin ninguna discusión colectiva seria, sin posiciones autónomas y sin pensadores independientes pasaron finalmente su cuenta de cobro. Cuando llegó el momento de la discusión colectiva, no hubo participantes.

En Bolivia, tanto los movimientos sociales como los “instrumentos políticos” que surgieron durante procesos anteriores y se consolidaron dentro del último son el producto de una tensión muy fuerte entre la movilización social y la política. Las estructuras organizativas y las conversaciones sociales que están en la base de las movilizaciones de hoy crecieron por fuera de la política electoral. Es más: crecieron contra ella y se desarrollaron contra el poder establecido, en sus distintas encarnaciones.

Al mismo tiempo, la ausencia de formas políticas partidistas era vista como una de las fallas más graves de la movilización política popular en Bolivia. El punto esencial es que esa ausencia había generado un ciclo vicioso en el desarrollo de las movilizaciones sociales. Después de la lucha, del triunfo y del convenio o acuerdo, los partidos tradicionales capitalizaban los logros de la movilización social. A principios de los años noventa, Evo Morales y sus compañeros tuvieron la idea de proponer la creación de un “instrumento

político autónomo” que permitiera a los indígenas y campesinos tener una herramienta organizativa para la lucha política, que no dependiera ni de los blancos ni de sus partidos políticos, de derecha o izquierda. La fuerza de la visión de Morales y sus compañeros no sólo estuvo en haber visto la necesidad de un instrumento político autónomo, sino en haber entrevisto, mucho antes de que fuera visible, el inmenso potencial político de un hecho obvio: los indígenas y los pobres eran la mayoría del país. Si lo eran, ¿por qué no actuaban como tal? Otro dirigente del MAS, Lino Villca, lo plantea con absoluta claridad:

Al movimiento indígena campesino, los partidos tradicionales nos habían manejado políticamente: su política era el arado, su política era la yunta, su política era la picota, ésta era su política. Nosotros nos dimos cuenta que a pesar de que éramos mayoría, ellos, que eran minoría, políticamente nos dominaban... Decíamos entonces: “Desde el parlamento, destrozamos la política neoliberal y desde las calles, golpear”. (Harnecker y Fuentes 2010, 68)

La creación del instrumento político resultó providencial. Cuando la salida electoral se impuso después de la caída de Mesa, en junio de 2005, el instrumento político les dio una ventaja considerable a sus poseedores. Aunque un analista privilegiado de la situación (García 2008, 29) ha sugerido la existencia de opciones alternativas, la verdad es que en ese momento ninguna de ellas –ni la insurreccional ni “la derrota política y moral del adversario” ni “la exhibición de fuerzas”– llegó a ser una opción real. Ni la derecha ni el campo revolucionario consideraron con seriedad la confrontación armada por el poder estatal. Por defecto, por inacción, por el dominio de unas expectativas pesimistas con respecto a la durabilidad de cualquier poder, la salida electoral que proponían Morales y el MAS no tuvo un competidor real en esos días decisivos.

7. PODER Y AUTONOMÍA SOCIAL EN BOLIVIA

¿Por qué coinciden en Bolivia una Presidencia volátil y tres revoluciones sociales? Hay una explicación directa: la fragilidad del poder presidencial ha coincidido con la existencia de vastas estructuras de sociabilidad autónomas, que han sobrevivido a siglos de dictadura, despotismo, pobreza y exclusión. Los mineros, las comunidades indígenas y los pobres del campo y de la ciudad han conformado, a lo largo de siglos –a través de historias diversas–,

organizaciones, formas de cooperación, estructuras comunitarias, proyectos políticos, expectativas, silencios, discursos, y hasta lenguas, que siempre han estado por fuera del dominio del poder (Hylton y Thomson 2007 y 2005).

Pero la existencia de sociabilidades autónomas no es garantía per se de ninguna ruptura revolucionaria. De hecho, pueden convivir durante siglos con regímenes despóticos sin que ocurra nada y sin que esa sociabilidad se transforme en acción colectiva y en destrucción de las relaciones de poder dominantes. Para que esa sociabilidad “dormida”, o en hibernación, despierte y convierta en acción toda la energía acumulada, es indispensable la ocurrencia de eventos que activen esas sociabilidades y las conviertan en una fuente de actividad política revolucionaria. Contrario a lo esperado, en Bolivia esos eventos no fueron fenómenos casuales, deslices de la historia, o coincidencias felices. Fueron el resultado de quince años de ejemplar aplicación de las políticas de choque neoliberales.¹¹

En un giro que ninguno de los arquitectos de la terapia de choque orquestada en Bolivia podría haber imaginado, casi un millón de sus víctimas directas e indirectas (antiguos trabajadores estatales y privados despedidos de sus empleos, indígenas y campesinos pobres) se concentraron en El Alto, una meseta situada en las márgenes de La Paz, por la que pasa la única vía que comunica a la capital con el resto del país. Años más tarde, El Alto habría de convertirse en territorio insurgente, del que partiría una parte significativa de las acciones que terminaron con los gobiernos de Sánchez y Mesa, y donde aún hoy está concentrado un componente social de gran actividad. Pero no es sólo un fenómeno de la capital. En Cochabamba, Potosí y Oruro, el mismo tipo de concentración insurgente fue replicado, a menor escala.

El surgimiento de El Alto es el evento decisivo para la emergencia de la Revolución Boliviana de 2000-2005. Como lo ha sugerido William Sewell (1996), los eventos revolucionarios son acontecimientos con la capacidad de transformar las estructuras sociales vigentes, recombinar y entremezclar redes sociales disímiles, trocar las posiciones de individuos y agrupaciones y correlacionar, en forma simultánea, la actividad de miles de individuos. Así como en la Revolución Francesa la toma de La Bastilla no fue decisiva por su significado militar, o por el heroísmo desarrollado por sus protagonistas, sino por las rápidas y masivas transformaciones que indujo en las relaciones y en las actividades de asambleístas, ciudadanos, sociedades filosóficas, salones, clubes y demás agrupaciones sociales, en Bolivia la “creación” de El Alto no es importante sólo por sus marchas heroicas y su inusitada actividad

11 0 neoconservadoras. Aquí he usado el término neoliberal, más común en Latinoamérica.

revolucionaria, sino por ser el resultado indirecto e imprevisto de la recombinación de todas las tradiciones insurreccionales bolivianas en un solo espacio, situado a unos minutos de la capital y del centro del poder.

En ese contexto emerge el evento desencadenante, entre otros, de la Revolución Boliviana de 2000-2005: la primera guerra del agua de Cochabamba, en 2000. Más que una guerra por un servicio público, fue el primer enfrentamiento a gran escala entre la política de choque iniciada por Paz Estenssoro en 1985 (Klein 2007; Sachs 1986) y la movilización popular fundamentada en una cultura muy antigua y en el trabajo de las redes de cooperativas que antes de la privatización generaban el agua para los habitantes de la región. Lo que la guerra del agua descubrió fue la posibilidad de activar múltiples redes sociales, antes aisladas, en una red multimodal más grande que podía movilizar centenares de miles de personas en momentos decisivos, incluida, como lo plantea Claudia López,

Casi toda la población de la región de Cochabamba: sindicatos, colegios de profesionales, transportistas, comerciantes, maestros, estudiantes, hombres y mujeres sencillas de este pueblo. De esa unión nació la Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida, de ahí su fuerza y legitimidad. (López 2006, 2)

La guerra del agua redescubrió la tradición autonomista e insurreccional boliviana en la forma de bloqueos de caminos y de democracia directa, sin la mediación de partidos políticos formales, agregando de paso nuevas herramientas al repertorio de la protesta popular (Crespo 2003, 4). La importancia del bloqueo de caminos no sería sólo táctica: en lo estratégico, concretó las profundas divisiones de la sociedad y descubrió el papel decisivo de concentraciones urbanas como El Alto para la vida económica y social de toda Bolivia. Los bloqueos de los pobladores de El Alto, Sucre, Potosí, Cochabamba, Oruro, Warisata y Achacachi paralizaron de forma efectiva a la economía boliviana, aislando a la capital del resto del país, dejándola sin gasolina y sin víveres, cubriendo de incertidumbre la solidez del sistema económico y político, y mostrando la fuerza de los movimientos sociales y su potencial como alternativa de poder.

En el centro de todo está un hecho fundamental: la Revolución Boliviana fue el resultado de un movimiento de movimientos, sin una hegemonía política única, sin un único líder y sin una organización centralizada que dirigiera el proceso en su conjunto. Hylton y Thomson (2007, 57) lo condensan en una frase: “No había un liderazgo unido; de hecho, no había ningún liderazgo”.

Siguiendo un patrón similar al de la Revolución Iraní, la movilización popular creció a través de la conmemoración de sus mártires, enlazando antiguas tradiciones indígenas y populares con la confrontación del presente:

Una vez que las masacres comenzaron, primero en el campo y luego en la ciudad, los familiares y amigos de los finados llamaron a sus muertos “mártires caídos en la defensa del gas”. La represión se intensificó, y 31 murieron el 12 de octubre, aniversario de la incursión de Colón en el Caribe ... Más de 150.000 personas marcharon el 13 de octubre desde El Alto hacia el centro de La Paz. Después de varios días de duelo, y una vez que la comunidad insurgente de Omasuyos arribó, los rebeldes marcharon en pos de la toma de la capital. (Hylton y Thomson 2004, 18)

Sin embargo, frente a la debilidad manifiesta del régimen, las multitudes que tomaron la capital, y que llevaron a la renuncia de Sánchez de Lozada y de Mesa, no recurrieron a las armas y no intentaron sustituir a ninguno de los dos en el palacio presidencial. Contrario a lo ocurrido en otras revoluciones, en las que los patrones de movilización y los repertorios se repiten en forma sistemática, la Revolución Boliviana dio un viraje sorprendente, alejándose de las armas y optando por no repetir la historia de 1952. La situación es equivalente a la de un jugador de póker que opta por “pasar” teniendo una mano ganadora.

García Linera sugiere dos explicaciones: o bien se trató de una deferencia hacia el parlamentarismo, o de una cierta lucidez histórica con respecto a las posteriores consecuencias implícitas en la aceptación de las instituciones democráticas, dada la correlación de fuerzas existente (García 2008). La segunda estaría en línea con la estrategia posterior de Morales y de García de acercarse al poder mediante una iteración plebiscitaria, similar hasta cierto punto a la estrategia seguida por Chávez en Venezuela. Según García, ellos habrían optado por:

Una especie de resolución democrática mediante una fórmula de iteración, es decir, de aproximación sucesiva. La propuesta consiste en que se resuelva lo que es un momento de tensionamiento de fuerzas mediante varios actos democráticos ... mediante la manifestación reiterada del soberano. (García 2008, 29)

Esta posición contiene el núcleo de una caracterización del giro que el proceso boliviano ha introducido en la dinámica de la revolución latinoamericana.

8. MAYORÍAS ESTABLES Y PODER

La apuesta de apelar, en forma iterada, “al soberano” para avanzar hacia el logro de las metas nacionalistas y redistributivas es, por supuesto, arriesgada. Supone poner en juego todo el proceso, en forma periódica, en ocasiones cada par de años, en condiciones democráticas y con los medios de comunicación en manos de la oposición. Exige un grado de movilización popular compatible con la meta de mantener, o ampliar, la coalición mayoritaria sobre la que se apoya. Esa movilización tiene un carácter especial y ambiguo: ni está dirigida contra el Gobierno –pues se trata de un gobierno del pueblo– ni es dirigida por el Gobierno –aunque de hecho la promueva–. Implica, por tanto, una independencia relativa entre la movilización social y la política del Gobierno, al tiempo que requiere una coincidencia feliz entre la movilización popular y la estabilidad de las mayorías electorales, algo muy poco probable en general.

La clave está en el descubrimiento de las mayorías populares y en el proceso de “encasillamiento” (*lock-in*) generado por él. Durante décadas situadas por fuera de las decisiones del Gobierno y marginadas del disfrute de los bienes económicos fundamentales, las grandes mayorías latinoamericanas nunca habían sido mayorías políticas. Habían sobrevivido, o como espectadoras incómodas de los procesos políticos, o como oferentes de votos usables en cada elección. El proceso boliviano cambió esa situación en forma radical, al trastocar las relaciones de poder y reafirmar la autonomía de los movimientos sociales y de las comunidades en lo simbólico, político y cultural.

El encasillamiento aparece una vez que las mayorías potenciales descubren que pueden ser mayorías políticas y que ese cambio tiene consecuencias no sólo con respecto a su vida material, sino acerca de su lugar en la sociedad y del poder que pueden ejercer. La memoria del cambio ocurrido, en lugar de ser borrada, es conservada en la forma de mayorías estables o crecientes (Arthur 1989). ¿Cómo es posible esa conservación? Mediante un doble proceso: el ejercicio real del poder en la vida social y política y el acceso al mundo económico. Ese proceso no toma la dirección de arriba abajo, propio de la política tradicional. De no desatar procesos reales de cambio desde abajo, el encasillamiento terminaría siendo un proceso de patronazgo de los más pobres por parte de gobiernos redistribuidores. Como lo plantea con lucidez Elias Canetti:

Una situación revolucionaria puede ser definida como un estado de cambio, y la multitud cuya descarga consiste principalmente en su liberación colectiva de las estafas del poder debería ser llamada una multitud para el cambio. (Canetti 1962, 58-59)

Pero éste es un proceso cuyo fin no es ni fácil ni cercano. Por el contrario, está basado “en las olas del cambio que se elevan lentamente desde las profundidades” (Canetti 1962, 59-60).

Son las multitudes dispuestas a seguir siendo mayoría, o a convertirse en mayoría, las que mantienen vivo el proceso de cambio. En la metáfora de Canetti, esas nuevas olas no vienen de la superficie, sino de las profundidades: de las fracturas sociales más profundas y de los vínculos sociales más fuertes. Por eso tienden a mantenerse en el tiempo y a preservar la memoria de la mayoría obtenida por primera vez. Detrás del proceso de encasillamiento hay un proceso de retroalimentación que convierte a la primera mayoría en otra mayoría igual o mayor, siempre y cuando tres condiciones se cumplan. La primera es la existencia de unas mayorías plebeyas potenciales. La segunda es la existencia de sociabilidades autónomas de alcance y tamaño suficientes. La tercera es que los conflictos propios de la movilización social (Webber 2010a) no se conviertan en fracturas decisivas de la coalición mayoritaria, o que ésta tenga la capacidad de rehacerse más allá de la continuidad del líder.

Es posible describir lo ocurrido en Bolivia como un proceso que, a partir de un campo electoral de alta incertidumbre, un evento extremo, o una secuencia de ellos, condujo a la emergencia de una coalición mayoritaria que ha tendido a sostenerse mediante la movilización social y la debilidad de las coaliciones alternativas. El proceso está dotado de “memoria”, en el sentido de que no sustituye a la coalición mayoritaria por otra, tal como ocurre en los procesos electorales corrientes, y termina encasillado en esa coalición victoriosa. Y deja abierto, además, el campo para la acción colectiva de las organizaciones sociales autónomas. La experiencia boliviana reciente sugiere que los procesos electorales no neutralizaron la acción colectiva y, por el contrario, han coincidido con el regreso vigoroso y conflictivo de la movilización social.

CONCLUSIONES

Hasta ahora el proceso boliviano no ha ido más allá del horizonte delineado por el capitalismo y la democracia electoral. Pero al estar fundado sobre la movilización popular, ha terminado integrando las elecciones –no se sabe por cuánto tiempo– dentro de un proceso de movilización social que ha

trastocado en forma efectiva las relaciones de poder. Quizás –y es un quizás muy grande– no haya marcha atrás hacia los arreglos políticos del pasado. Los cuarenta años que separan la Revolución Cubana del proceso iniciado en Bolivia reflejan no sólo el tiempo transcurrido, sino la distancia política y estratégica que las separa. Una revolución con líder máximo, movimientos sociales débiles y partido único no es posible hoy en América Latina. La emergencia de movimientos, basados en una fuerte autonomía social, líderes transitorios y mayorías estables parece ser la alternativa. Más allá de las frases desafiantes de Morales contra el imperialismo y sus perversiones, es indudable que la Revolución Cubana ya no es el modelo para cambiar las relaciones de poder en el continente. El padre de la revolución latinoamericana es ahora su abuelo en uso de buen retiro.

Referencias

- Anderson, Jon Lee. 2010. *El dictador, los demonios y otras crónicas*. Barcelona: Anagrama.
- Arthur, Brian. 1989. Competing technologies, increasing returns, and lock-in by historical events. *Economic Journal* 99: 116-131.
- Botín, Vicente. 2010. *Raúl Castro: la pulga que cabalgó al tigre*. Barcelona: Ariel.
- Canetti, Elias. 1962. *Crowds and power*. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux.
- Carta de Cuba. Sin autor. El Ataque a Palacio, http://www.cartadecuba.org/ataque_a-palacio, (consultado el 29/11/2010).
- Castro, Fidel. 2010. La victoria estratégica, <http://www.cubadebate.cu/fidel-castro-ruz/2010/08/05/la-victoria-estrategica-introduccion-fotos-y-documentos/>, (consultado el 12/10/2010).
- Coleman, Stephen. 1975. *Measurement analysis of political systems: A science of social behavior*. Nueva York: Wiley.
- Crespo, Carlos. 2003. La guerra del agua de Cochabamba, <http://sucreindy-media.org>, consultado el 01/09/2010.
- Domínguez, Jorge. 1998. Cuba, 1959-c. 1990. En *Historia de América Latina: 13. México y el Caribe desde 1930*, ed. Leslie Bethell, cap. 4, 183-227. Barcelona: Editorial Crítica.
- Dunkerley, James. 2007. Evo Morales, the “two Bolivias”, and the Third Bolivian Revolution. *Journal of Latin American Studies* 39: 133-166.
- Franqui, Carlos. 2006. *Cuba, la revolución: ¿mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*. Madrid: Península.
- Furet, François. 2007. *La Révolution française*. París: Quarto Gallimard.
- Furet, François. 1981. *Interpreting the French Revolution*. Nueva York: Cambridge University Press.

- García Linera, Álvaro. 2008. Empate catastrófico y punto de bifurcación. *Crítica y emancipación: Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* 1 (1): 23-33, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/CyE/cye2s1a.pdf>, consultado en 08/11/2010.
- García Linera, Álvaro. 2006. Crisis del Estado y poder popular, *New Left Review* 37: 66-77.
- Gilly, Adolfo. 2004. Bolivia, una revolución del siglo XXI. *Perfil de La Jornada*, 2 de marzo, www.jornada.unam.mx.
- Harnecker, Martha y Federico Fuentes. 2010. *MAS-IPSP de Bolivia: instrumento político que surge de los movimientos sociales*, <http://boliviarising.blogspot.com> (consultado el 14/11/2010).
- Hart, Celia. 2004. El magnetismo de la revolución permanente, www.kaosenlared.net/noticia/magnetismo-revolucion-permanente (consultado el 07/12/2010).
- Hylton, Forrest y Sinclair Thomson. 2007. *Revolutionary horizons: Past and present in Bolivian politics*. Londres, Nueva York: Verso.
- Hylton, Forrest y Sinclair Thomson. 2005. The chequered rainbow, *New Left Review* 35: 41-64.
- Hylton, Forrest y Sinclair Thomson. 2004. The roots of rebellion I: Insurgent Bolivia, *Nacla Report on The Americas*, 15-19.
- Klein, Naomi. 2007. *The shock doctrine: The Rise of disaster capitalism*. Nueva York: Picador.
- López, Claudia. 2006. La guerra del agua: cuando el pueblo perdió el miedo, [http://deltagandedemokrati.se/Filer/File/Ponencia_Lopez\(1\).pdf](http://deltagandedemokrati.se/Filer/File/Ponencia_Lopez(1).pdf), (consultado el 01/09/2010).
- Oviedo, Fernando. 2010. Evo Morales and the Altiplano: Notes for an electoral geography of the Movimiento al Socialismo, 2002-2008. *Journal of Latin American Studies* 37: 91-106.
- Sachs, Jeffrey. 1987. The Bolivian hyperinflation and stabilization. *American Economic Review*, 77: 279-283.
- Sewell, William H. 1996. Historical events as transformations of structures: Inventing revolution at the Bastille, *Theory and Society* 25: 841-881.
- Skocpol, Theda. 1994. *Social revolutions in the modern world*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skocpol, Theda. 1979. *States and social revolutions: A comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stefanoni, Pablo. 2009. Álvaro García Linera: pensando Bolivia entre dos siglos, bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/coedicion/linera/01stef.pdf (consultado el 11/11/2010).

Webber, Jeffery. 2010a. The rebellion in Potosí: Uneven development, neoliberal continuities, and a revolt against poverty in Bolivia, <http://upsidedownworld.org/main/bolivia-archives> (consultado el 15/11/2010).

Webber, Jeffery. 2010. Carlos Mesa, Evo Morales and a divided Bolivia (2003-2005). *Journal of Latin American Studies* 37: 51-70.

Wickham-Crowley, Timothy P. 1992. *Guerrillas & revolution in Latin America: A comparative study of insurgents and regimes since 1956*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

• • •